
PROLOGO

La vibrante pluma de mi amigo el joven diputado Javier Gaxiola, presta hoy un valioso contingente á nuestra historia nacional con la aparición de esta obra, que, publicada en tiempos de una desesperante esterilidad, prueba que los altos hechos y que las proezas patrióticas hallan aún en el alma de la juventud el perfume que los inculca. Ya va muriendo la generación aquilina que conmovió hondamente á la mitad de este siglo los fundamentos de nuestra sociedad, y antes de que su extinción sea eterna, la patria tiene un solemne derecho: el derecho de exigir á esos sus buenos hijos de esa insigne generación, que le den cuenta á la posteridad, de sus luchas, de sus sacrificios, de sus trabajos, de sus triunfos, de los laureles que orlaron sus sienes victoriosas y de las zarzas que hirieron sus plantas destrozadas. Nuestra historia aguarda esos relatos de los caudillos, esas autobiografías sinceras de los mártires, esas confiden-

cias solemnes de los semidioses ante los pueblos que han vivificado con su espíritu, esa palabra augusta del luchador que tras del triunfo ó tras de la derrota, en el hogar caliente ó en el frío destierro, sacude su memoria, redivive su espíritu, abre de par en par las puertas de su corazón, y suelta el raudal de sus recuerdos sobre el oído reverente de la familia ó de la muchedumbre. Pero si no llegan esas relaciones venerables, la juventud, antes que desaparezcan los supervivientes de nuestras luchas titánicas, debe ir á ellos, y arrebatarles sus secretos para formar nuestra historia, nuestra historia que está en *block* todavía, si se me vale la frase. Hecatombes y glorias, sufrimientos y triunfos, excelsitudes y desgracias, perfidias y heroísmos, todo vive en la memoria popular; pero vive sin que consten escritos sus detalles siniestros, ó sus matices fulgentes: carecemos de la historia anecdótica y de la historia local, de ese inmenso repertorio en que se guardan eternamente frases, abnegaciones, sacrificios, episodios de gloria, páginas de luto, relatos de familia, tradiciones de pueblos, historias íntimas de la vida nacional, que se transmiten de gente en gente y que se perpetúan con la vida del recuerdo, pero que no traspasan muchas veces las estrechas fronteras de un villorio. Si todo ese caudal se recogiese y se encerrase en monografías locales, si cada pueblo, si cada Distrito, si cada Estado, evocasen todas las epopeyas que han vis-

to sus montañas, todos los cantos de independencia que han vibrado en sus bosques, todas las frases de libertad y los salmos de gloria que han saludado á sus patibulos, y toda la sangre y todo el llanto que han hecho salir de cauce á sus corrientes, nuestra historia sería, y los rayos de gloria que hoy forman la inmensa diadema de la patria, centuplicaríanse á nuestra vista, de la misma manera que se centuplicarían á nuestros ojos, los túmulos que tenemos que ornar con nuestras palmas, y los nombres que tenemos que bendecir con nuestros himnos.

Por esto es tan laudable el esfuerzo del joven y fogoso escritor Javier Gaxiola, que hoy presta á toda una entidad federativa, el inmenso servicio de presentarla ante la patria y de decirle á la República cómo virtieron en Sinaloa sus ideas los pensadores y su sangre los héroes, en los aciagos tiempos de la Reforma y de la Intervención. Por esto Sinaloa, con el libro patriótico y erudito de uno de sus mejores hijos, ya tiene cubierto su cuartel en el escudo solariego de esta santa mansión de la patria, y repartida su heredad de gloria en el terruño mexicano. Pronto otro Estado—Michoacán—alcanzará igual honor, merced á los esfuerzos del simpático y patriota liberal Eduardo Ruiz, que está recogiendo, para presentarlos á la patria en un solo haz, todos los lauros obtenidos en esa heroica tierra, por los Régules, los Riva Palacios, los Villadas, Arteaga,

Salazar y Jesús Díaz. Y de esta suerte, no pasarán muchos años sin que los gritos de venganza y de justicia que oyeron nuestras fronteras del Norte, repercutan al través de la historia, en las fronteras del Sur; no correrá largo tiempo sin que broten á la vida del libro, los gladiadores oscuros, los mártires que yacen olvidados, los patriotas sinceros que en el repliegue de una montaña ó bajo la cruz de un campanario, lucharon sin la esperanza siquiera de que sus nombres se supiesen. Brotarán, no lo dudamos, al conjuro de los escritores, como Gaxiola, laboriosos y patriotas: México aumentará entonces el inventario de sus glorias, y estos trabajos que hoy cultivan pocos, constituirán la verdadera historia del país. Sí, por fortuna se van amortiguando ya todos los odios de bandería que se hallaban imbuídos en nuestro organismo nacional: una corriente sana, un móvil noble, impulsa hoy á la juventud pensadora, que apartada casi por completo de las exaltaciones demagógicas, somete los problemas históricos y sociológicos á un criterio científico. No estamos ya en tiempos de combate, y ahora ni nosotros ni nadie, querría atizar las hogueras de la Inquisición ni tampoco afilar la cuchilla del 93: la verdad se abre paso, el fanatismo religioso y el jacobinismo político han enfriado sus cráteres, y un nuevo grupo, inteligente y sereno, pugna por llevar á todas las especulaciones de la mente y á todas las etapas de la sociedad, el cri-

terio de la ciencia y de la justicia. Cuando se haya uniformado este criterio, surgirá más radiosa la década de la Reforma y de la Intervención, porque entonces el juez reemplazará al sectario, la olímpica altivez de la verdad á la nerviosidad de la ira venenosa.

¡Cuán vivamente anhelamos al escribir este prólogo que luzcan esos tiempos de imparcialidad, y que impulsados por generosos móviles, haya muchos que eternicen, como Gaxiola, el valor inconsciente pero milagroso de las masas, y la fe de los mártires y la convicción de los caudillos! Harán, como el autor de este libro, una buena obra, y si tienen talento, como él lo tiene, harán, al mismo tiempo, una obra buena.

ANTONIO DE LA PEÑA REYES.

